

4.
LUCHAR CONTRA LA DICTADURA
Y RECIBIR UNA “MUERTE CIVIL”

Mi primer contacto con la guerra en Guatemala fue a los 12 años, allá por 1963. Me impresionó mucho que abatieran a tres policías en la calle. Fue un grupo guerrillero que, de hecho, salió reivindicando el asesinato de estos agentes del orden. A mí me sorprendió, niño que era, que nadie pensara en los huérfanos y en las viudas, así que empecé una campaña visitando amigos, familiares y empresas para recaudar fondos para estos niños; no fueron muchos quetzales, pero logré juntar algo y llevárselos. Fue mi primera advertencia del tema de guerrilla, violencia, subversión, del conflicto que estaba empezando en Guatemala.

Quizás desde entonces empezó a construirse mi escepticismo por las fórmulas radicales de izquierda, en donde decían que lo que importaba era el fin, pero a costa de cualquier medio.

Años más tarde también fui distanciándome de la fórmula del sistema radical de derecha, opuesto al pensamiento. Otro caso que me impactó muchísimo fue el de unos líderes sindicales, reunidos en una granja en Palín, ahora casi en la periferia de la Ciudad de Guatemala. Llegó el Ejército, los secuestraron, los subieron a unos helicópteros, volaron hacia dentro del Océano Pacífico y los tiraron vivos al mar. En ese momento no se sabía mucho, porque el Ejército lo negaba, pero años después fui averiguándolo con amigos militares, y me lo confirmaron. En

los informes del REHMI (Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica) y la CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) también se hace referencia a ello.

A pesar de lo irracional de ambos extremos –tanto los que mataban policías por matarlos, como los que desaparecían para siempre a sindicalistas– durante los años setenta se fue polarizando y radicalizando el país, y parecía que solo había dos alternativas, blanco o negro: guerrilla o el sistema. El futuro de los guatemaltecos, para todos los propósitos, no existía y menos aún se imaginaba de otra manera que no fuera en códigos de un pasado cuya inercia todavía hoy nos esclaviza.

¿Cómo no cae uno en la trampa de los extremismos? La mejor respuesta es ver el mundo, ver la vida, ver hacia el futuro, con aprendizaje de las lecciones de un pasado que nos mantiene condenados a seguir haciendo más de lo mismo. ¡Ya no más, por favor!

Es cierto, lo más fácil es irse hacia los radicalismos. Lo más fácil es ser maniqueísta: estás conmigo o contra mí. Lo más difícil es la moderación; y creo que la mejor fórmula para conseguirla es la curiosidad. En mi caso, he sido siempre muy curioso, desde niño, cuando me devoraba las enciclopedias que nos compraba mi papá.

Los radicales, durante la guerra y ahora en la paz, siempre nos quieren hacer creer que sólo hay dos opciones: o se es de extrema izquierda o se es de extrema derecha. En el centro es donde me siento más identificado, más a gusto, intelectual y moralmente. Es desde esta posición que se puede pensar creativamente en términos de futuro y donde los extremos se pueden hacer irrelevantes.

Había un espacio de quienes éramos centristas, pero que también pagamos un costo muy alto por construir una alternativa a ambos extremos.

Teníamos en un extremo a la guerrilla y en el otro, al sistema, la extrema derecha. Pero en medio estábamos los socialdemócratas, los demócratas cristianos y la centroderecha. No estábamos de acuerdo con el movimiento marxista subversivo, pero tampoco con un sistema racista, represor, violento, que no

favorece el desarrollo de las personas, que no tiene sentido de solidaridad social, que no cree en la salud ni en la educación, ni tampoco en la inteligencia.

Queríamos y queremos una sociedad democrática, creemos en la propiedad privada, el emprendimiento, en la libertad individual, pero también tenemos conciencia social. Futuro, sí, al seguir la máxima de un intelectual emprendedor como Peter Drucker, uno de los padres de la administración que afirma, con mucho sentido, que la mejor forma de predecir el futuro es creándolo.

En ese espacio común entre centroizquierda, centro y centroderecha, naturalmente teníamos diferencias, pero había un espacio de diálogo. Como el que tanto nos falta ahora.

Ellos estaban más estructurados, los socialdemócratas y la democracia cristiana, y eran los herederos de la Revolución del 44. Nosotros los centroderechistas teníamos que empezar de cero; no había ningún partido, ningún movimiento, ninguna tradición. Construir eso no era fácil, pero estaba la necesidad intelectual y moral de crear ese espacio.

Esto no estaba exento de riesgos. En el centrismo queríamos demostrarle a la izquierda y a la derecha que no éramos enemigos y podíamos todos convivir, dialogar, concertar. Pero el miedo era lo que imperaba. La guerrilla nos consideraba parte del sistema que debía ser eliminado. Y la extrema derecha, el sistema, decía que nosotros los moderados éramos “los compañeros de viaje de la izquierda”, y por lo tanto debíamos ser destruidos. Nos miraban como un peligro político, porque podíamos ir minando la base política y la legitimidad ética del sistema. Así que empezaron las amenazas y los ataques.

A inicios de 1980 compartíamos oficina en el edificio El Triángulo con Alejandro Maldonado, era la sede de nuestro bufete como abogados y como sede del PNR. El 31 de enero estábamos ahí y escuchamos la noticia a mediodía que había sido ocupada la Embajada de España por campesinos del Comité de Unidad Campesina (CUC) y estudiantes de la Universidad de San Carlos. No era una noticia extraordinaria, porque las tomas de embajadas eran algo frecuente, como la de la embajada de

Suiza o la de Brasil; era algo que pasaba en toda América Latina. Y entonces el Gobierno negociaba, se intercambiaban presos políticos y terminado el lío.

Lo que se observaba ese 31 de enero era que la tensión iba subiendo, hasta que el gobierno de Romeo Lucas amenazó con que iba a entrar a la Embajada. Eso llegó a oídos del gobierno de España. El canciller español llamó al canciller guatemalteco y el gobierno de Madrid pidió oficialmente al gobierno de Guatemala que no cumpliera con la amenaza de irrumpir en la Embajada. Le pidió que negociara y llegara a una solución y le recordó que la Embajada era territorio español y que si entraban era una violación al principio de extraterritorialidad y a la legislación internacional. Pese a todo, Romeo Lucas García, presidente, Donaldo Álvarez Ruiz, ministro de Gobernación, Germán Chupina Barahona, director de la Policía Nacional, y Pedro García Arredondo, jefe del Comando 6, deciden entrar con fuerzas especiales del Ejército y la Policía. Ahí es donde ocurre el incendio. El gobierno de Lucas dijo que fueron los ocupantes quienes lanzaron bombas molotov. Si el Ejército y la Policía no hubieran ingresado para desalojar a los ocupantes, en una acción irreflexiva, violando todos los principios del derecho internacional, tal vez no hubiera ocurrido la tragedia de los 37 fallecidos. Simplificando lo que pasó: se impuso la inercia del pasado sin medir las consecuencias e impacto hacia el futuro de todos nosotros en el país.

En la sentencia del juicio por la quema de la Embajada, en 2015, se estableció que fue una orden directa de Lucas a Chupina Barahona y García Arredondo para que “no quedara nadie vivo”, ante el temor de que la insurrección pudiera ganar en Guatemala, como ya había ganado en la Nicaragua sandinista unos meses antes, en 1979.

Uno de los bomberos relató en el juicio cómo los policías le impidieron apagar el fuego para rescatar a los 37 que estaban dentro. La orden era que “nadie podía salvarse”, como reiteró la enfermera de la Cruz Roja y testigo de ese día, Odeth Arzú Castillo (QEPD). Cuando el gobierno de Lucas se enteró que había dos sobrevivientes, el embajador español Máximo Cajal

y el campesino Gregorio Yujá, fueron a buscarlos al hospital en el que se recuperaban. Al campesino lo secuestraron y asesinaron y dejaron su cuerpo frente a la Usac. El embajador Cajal fue protegido y llevado a la casa del embajador de Estados Unidos y sacado del país; por eso pudo salvarse.

Por supuesto que el tema se ha ideologizado, como quería el gobierno de Lucas. Hubo otras tomas de embajadas, antes y después, y se resolvieron negociando y nadie las recuerda ya.

Como abogado, como internacionalista, como guatemalteco, salí públicamente a cuestionar esa tragedia en la toma de la Embajada. Si el Gobierno de Lucas hubiera negociado y no hubiera entrado, no hubieran muerto 37 personas. Fui de los pocos políticos que emitió una opinión crítica y que condenó la acción del Gobierno sobre la toma de la Embajada de España. No solo los progresistas eran críticos con las acciones de la dictadura.

No fue la primera vez que lo hice pero sí fue cuando llegó la primera amenaza de los militares. Un amigo mío, que vive en la zona 15, llamó a mi esposa y le dijo:

“Me acaba de llamar Chupina (director de la Policía Nacional entonces) y dice que el mensaje para Edmond es: Si ese gallito *hijoelagranputa* no deja de cacarear, entonces lo vamos a tener que callar nosotros”. Claramente un predominio de pensamientos anclados en el pasado.

La segunda advertencia vino del viceministro de Gobernación de entonces, Juan de Dios Reyes Leal, que había perdido un ojo en un atentado de la guerrilla, que vivía en Don Justo, carretera a El Salvador, abogado, amigo mío, que me dijo también: “Tené cuidado, dejá de estar hablando mal del Gobierno en público”.

Mis amigos me advertían que saliera del país por temporadas, porque habían visto que yo estaba en listas de personas que iban a ser asesinadas o a sufrir atentados.

Sentía primero agradecimiento, porque no todos tenían la fortuna que le avisaran para protegerse. Yo no iba en carro blindado, ni tenía guardaespaldas, ni armas, ni nada de eso.

Yo sentía que tenía que usar mi posición de centroderecha, hijo de un anticomunista que era figura prominente del sistema, para poder ayudar a gente que lo necesitaba.

Así que seguí mis principios y me opuse a los desmanes del régimen de Lucas.

SALVAR VIDAS DE OPOSITORES

Durante ese régimen nefasto, también allá por 1979 o 1980, un amigo de Chiquimula, empresario, se reunió conmigo y me dijo que me quería pedir un favor enorme. Empezó así: “Mire, fíjese que tengo un hijo que, mal aconsejado, se metió a la guerrilla. Y vea esta violencia que hay, yo estoy muy preocupado por él. Le hablé y lo convencí, aceptó salir del país. Usted que conoce gente, a diplomáticos, a funcionarios de embajadas, ¿cómo podría ayudarme a sacar a mi hijo de Guatemala?” Le respondí que claro que sí, que activaría mis contactos.

Uno de ellos fue el embajador de Venezuela. Tenemos que recordar que la Venezuela de entonces no era la de ahora; entonces era ese país próspero, rico por el petróleo, democrático, presidido por gobiernos democratacristianos y socialcristianos, promotores de los diálogos de paz para terminar las guerras en Centroamérica.

El embajador aceptó recibir al joven y arreglamos con el papá, mi amigo, que un día, a las cinco de la mañana, antes de que amaneciera, yo pasaría por el muchacho en una esquina del centro de la Ciudad, en mi escarabajo Volkswagen que aún hoy tengo parqueado en mi garage. Fue en alguna esquina apartada, como en la 11 avenida y 2 calle. El joven iba vestido como acordado, con una maleta. Yo no lo conocía. Pasé por la esquina, abrí la puerta, se subió, buenos días, buenos días, y no hablamos más. En la embajada de Venezuela estaban listos y antes de las cinco y media de la mañana di tres bocinazos, tut, tut, tut y ya ingresamos. Se bajó, lo recibieron los funcionarios, y con el deber cumplido, me di la vuelta y me fui.

Al mes siguiente me llega a buscar a mi oficina un compañero que trabajaba en los talleres del diario *Prensa Libre* y que antes había trabajado en el periódico de mi papá. Él era de Jalapa, y me contó que su hermano más joven también se había metido a problemas y que el Ejército lo estaba persiguiendo, que incluso lo habían ido a buscar a la casa paterna en Jalapa, pero se había escapado por los tejados de las casas vecinas. Que su mamá estaba muy preocupada y le había preguntado que qué podían hacer.

“Yo sé que usted ha ayudado a sacar a gentes del país”, me dijo.

Entonces hice la misma gestión. Recogerlo en una esquina, tres bocinazos y lo dejé dentro de la Embajada. Con ellos dos y otros más. En total lo hice cinco veces.

Así ayudaba a salvar vidas de jóvenes que habían caído en la trampa del extremismo, muchachos que estaban dispuestos a tener una nueva oportunidad y a rehacer sus vidas. Pero a veces no era posible. Creo que a los jóvenes les cuesta a veces entender por qué sus papás les dicen que “no se metan a cosas”, sobre todo porque en aquella época las consecuencias podían ser fatales.

Algunos de los cinco jóvenes que ayudé a salir no sobrevivieron. A uno, el hermano de mi amigo que trabajaba en *Prensa Libre*, la Embajada de Venezuela lo había sacado a Costa Rica, porque allá tenía personas conocidas para reiniciar la vida. Pero tres o cuatro meses después mi amigo me llegó a ver a la oficina para contarme que su hermano, un día, había desaparecido. Lo habían secuestrado, en San José de Costa Rica, y que a los tres días apareció su cuerpo, torturado y ahorcado en un bosque de las afueras de la capital tica.

Eso de salvar a jóvenes perseguidos, con la esperanza de extraerlos del camino equivocado, lo hacía aunque significara un riesgo para mi propia integridad. Yo sentía que tenía que usar mis escudos imaginarios por ser derechista, hijo de alguien de extrema derecha y graduado del Adolfo V. Hall, y ponerlos al servicio de personas que estaban en peligro. Eran cuestiones que intentaba mantener en la mayor secretividad, nadie de mis

amigos o del PNR sabían que lo hacía; ni a mi esposa le contaba por qué tenía que salir a las cinco de la mañana algunos días. No quería ponerla en peligro. Le contaba hasta que habían pasado un par de meses. Aunque evidentemente se corrió la voz, tanto para familiares que querían sacar gente del país, como de la dictadura, como veremos más adelante.

Salvar vidas así era para mí una cuestión de ideales, principios, solidaridad humana, y romper ese maniqueísmo maldito en el que Guatemala había caído. La amenaza de este oprobioso pasado nos persigue ahora nuevamente y debe ser tarea nuestra, tarea de ciudadanos responsables, con pensamiento sensato, que lo que debe prevalecer es crear un mejor futuro.

Siempre he creído, aún en nuestras peores horas, que necesitamos hablarnos, crear puentes, salvar vidas, encontrar lo que nos une, y no enfocarnos en lo que nos separa. Eran acciones políticas coherentes con mi vida y mi visión política, acciones humanitarias.

En medio de mi ingenuidad yo creía que era poco probable que fuera a haber represalias en contra mía. Pero sí las hubo, no con un asesinato, pero sí con un intento de muerte civil.

El director de un periódico de la época, entonces considerado crítico, les decía a sus columnistas: “Escriban sobre poesía, no se metan a problemas escribiendo de política”. El miedo era profundo, en todo el país. Más amigos militares me seguían advirtiéndome en 1980 y 1981, “Edmond, estás en una lista. Baja el tono. Mejor andate por un tiempo”. Les agradecía y hacía viajes a México, a Panamá, a Estados Unidos, y me iba un par de semanas mientras se calmaban las cosas. No sé si alguna vez esas salidas evitaron que fuera secuestrado o apresado.

Era un ambiente muy peligroso para hacer política en Guatemala. Había muchos asesinatos, secuestros, desapariciones, mucha violencia. En 1979 fueron asesinados 99 abogados en nuestro país. En la capital se vivía una alta tensión. La subversión, por su lado, seguía secuestrando y asesinando. Las garras de ideas, actitudes y formas de ver el país con ojos del pasado nos han mantenido esclavos. Es tiempo de liberarnos. Ver hacia el futuro es clave.

LA REPRESALIA: UNA “MUERTE CIVIL”

Por mi récord de trabajo político y social de los seis años anteriores, a finales de 1981 se había decidido que yo iba a ser uno de los candidatos a diputado por la oposición política al régimen, la alianza DC-PNR, para las elecciones de marzo de 1982.

Pero ese noviembre de 1981 fue cuando detonaron el escándalo.

Como abogado, yo era el notario que estaba ayudando con los trámites de adopción a tres familias canadienses, que estaban hospedadas en el hotel Camino Real; es decir, no estaban en una pensión clandestina para que nadie los viera. Yo era su notario y estábamos completando los trámites administrativos para que pudieran irse con sus hijos adoptivos a Canadá. Como en Guatemala era cada vez más frecuente el requerimiento de “mordidas” de oficiales que retrasaban los procesos, logramos que los procesos de adopción pudieran completarse en los países de destino, que tenían una institucionalidad más sólida.

Se contaba para eso con un dictamen favorable de Juzgados de Familia, de la oficina de Migración y del Gobierno de Canadá. Era muy importante que los niños huérfanos o abandonados no tuvieran que crecer durante dos, tres, cuatro años institucionalizados solo por la lentitud o la corrupción de las instituciones guatemaltecas, sino que pudieran irse pronto a sus hogares adoptivos, con sus papás y mamás. Sabemos lo importante que esto es para el desarrollo de la personalidad del niño, que tenga ese cariño, ese cuidado y ese amor lo antes posible.

La legislación de la época permitía que pudiera completarse el trámite de adopción en el país de destino de los niños. Era una práctica común entre los bufetes de abogados. El único objetivo era rescatar a los niños lo antes posible. Esos niños, como miles de niños en Guatemala, han estado y seguirán estando esclavos de su pasado.

En esa ocasión, las madres canadienses ya estaban con sus hijos en el Camino Real. Ya se habían firmado las actas necesarias

y estaban en el último trámite, de los pasaportes de los niños, para que pudieran viajar.

Una mañana estaba yo en mi oficina y me llaman para decirme que la Policía Judicial había llegado al hotel Camino Real y se había llevado a las canadienses y a los niños, y que la policía me andaba buscando. Yo tenía la opción de esconderme o de presentarme y por supuesto fui a presentarme, pues no había ningún delito ni nada irregular.

Cuando llegué al Segundo Cuerpo, me detuvieron y continuaron con la operación. En mi ingenuidad pensaba que todo se aclararía y resolvería rápido. La policía me decía: “Si vienen las mamás biológicas a constatar que no son niños robados, pues ya se acaba todo y se les deja libres”. Entonces le pedí a las mamás biológicas que llegaran a declarar la verdad, que habían dado a sus hijos en adopción de manera voluntaria. Llegaron, pero las capturaron y las acusaron también.

Convocaron a la prensa a las tres de la tarde. Ahí en el patio del Segundo Cuerpo tenían incluso a la marimba de la Policía Judicial, para “amenizar el ambiente” mientras llegaban los reporteros. La Judicial, esa institución que detenía, torturaba, desaparecía y asesinaba a opositores, esa institución de terror que sí traficaba niños para adopciones cuestionables anunciaba en una conferencia de prensa que se había llevado a cabo mi captura por “tráfico y exportación de niños”. Obviamente, era al único abogado al que habían capturado por ese “delito” en la historia del régimen, porque era una represalia política.

Me parece increíble que haya personas que le dan a la Policía Judicial de 1981 una credibilidad como si fuera el FBI.

Probablemente por venir de una familia anticomunista y tener amigos militares, no me mataron físicamente, sino que me dieron en cambio una “muerte civil”.

Fue un gran escándalo, con portada de *Prensa Libre* al día siguiente, y un gran golpe. Uno no se espera que acciones de buena voluntad, legales, con un afán de servicio y ayudar a niños huérfanos, fueran objeto de un ataque así.

En la prisión en el Segundo Cuerpo las condiciones eran lamentables. El único “baño” era un agujero en medio del patio.

Empecé a recibir las visitas de amigos, familiares, abogados, correligionarios de la oposición. Por ahí tengo la lista de quiénes me llegaron a visitar. La mamá de un amigo de entonces, que vivía en el callejón Delfino, me llevaba leche todos los días. Siempre se lo voy a agradecer.

Finalmente me dieron una cama con litera en el hospitalito; estuve como tres semanas. Compartí cuarto con un señor, ya mayor, que estaba ahí para sus últimos exámenes después de haber completado una sentencia por 36 años, por un asesinato. También con un muchacho muy delgado, siempre acostado, emponchado, muy enfermo, al que solo se le miraban los ojos, que se me quedaba viendo. Yo estaba muy atemorizado, y siempre me arrepentí de no haber conversado con él y preguntarle por su historia.

La Policía Judicial publicó después otro documento, que estaba guardado en el Archivo Histórico de la Policía Nacional, en el que decían que yo había logrado salir de la cárcel por mis “conectes políticos”.

¡Pero yo era parte de la oposición de la DC-PNR!

¿Cómo iba a tener conectes? Claro que mis colegas estaban haciendo presión, pero como opositores, no como aliados del régimen.

De hecho, cuando fue la Asamblea para nominar a los candidatos a las elecciones de marzo de 1982, yo estaba detenido, y los dirigentes de la alianza DC-PNR dejaron mi silla vacía en reconocimiento, y la alianza mantuvo mi candidatura. No fue sino hasta unos días antes de Navidad, creo que el 22 de diciembre de 1981, que lograron sacarme. Alejandro Maldonado, líder de la alianza PNR-DC, fue quien llegó a recogerme a la cárcel.

A mi salida continué con los trámites de esa adopción de los niños, para que pudieran irse. Fue hasta varios meses después que lograron reunirse con sus mamás adoptivas canadienses. Además, unas semanas más tarde un juzgado dictó la falta de mérito en mi contra. Finalmente, mi persistencia con una idea de un mejor futuro para estos niños prevaleció. Es que al final, Dios en su justicia, premia el compromiso de un hombre con sus causas de un mejor futuro para sus semejantes.

Meses después, el mismo viceministro de Gobernación, mi amigo Juan de Dios Reyes Leal, me confirmó que todo había sido orquestado por el ministro Donaldo Álvarez Ruiz y el director de la Policía, Germán Chupina.

Se trató de un escándalo fabricado por el régimen en represalia por mi oposición política.

Puedo asegurar que mi accionar como notario siempre fue en el marco de la ley, y procurando el bienestar de los niños que necesitaban familias adoptivas. Mi trabajo era ad honorem, o sea que yo no cobraba honorarios sino que las familias adoptivas solo pagaban por los trámites. Eso sí, hay que decir que en Guatemala también se estaban cometiendo abusos; había robo de niños y falsificación de partidas de nacimiento. Había todo tipo de crímenes vinculados a las adopciones. El sistema institucional de adopciones necesitaba ser mejorado. Pero eso no significa que todos los abogados y notarios que trabajábamos de buena fe en ayudar a niños huérfanos a ser adoptados lo hiciéramos ilegalmente; hay otros prominentes abogados en la actualidad que entonces participaron también con adopciones de manera legítima.

25 años más tarde se discutió en el Congreso de Guatemala la ratificación del Convenio de La Haya sobre adopciones y se discutían las reformas en la legislación nacional para elevar los estándares guatemaltecos y que se diera todas las garantías a los niños y a los papás adoptivos. Entonces yo era embajador de Guatemala ante la Unión Europea y promoví entre la Cancillería y los diputados que pudiera hacerse las reformas y ratificaciones necesarias para avanzar en la dirección correcta, de mayores controles para las adopciones.

Cuando estuve en Haití tras el terremoto de 2010, como jefe de misión de la ONU, había muchas familias que, movidas por la solidaridad, querían adoptar niños huérfanos haitianos, de los que había por miles; en ese cataclismo murieron 316,000 personas. Pero ahí sí empecé a ver problemas institucionales porque recordemos que en Haití no había nada de Estado, ni registro civil siquiera. Fui yo quien le propuso al Primer Ministro de Haití que todo niño que fuera adoptado internacionalmente

tuviera que pasar por la aprobación por la oficina del Primer Ministro, para verificar que no se estuvieran saltando ningún paso institucional.

La adopción es una institución admirable, que necesitamos promover, garantizada en la Constitución de la República. Veamos cuántos centenares de niños guatemaltecos, que no tienen la oportunidad de familias que los adopten, terminan como adolescentes en los Hogares Seguros.

EL FRAUDE, LA MANIFESTACIÓN, LOS LACRIMÓGENOS

Ninguna dictadura cede el poder por arte de magia. La democracia se gana a pulso.

Cuando ya todos estábamos cansados de la dictadura de Lucas (que empezó en 1978) y esperábamos que saliera del poder por la vía electoral y pacífica, llegaron las elecciones de inicios de marzo de 1982. Con ellas el gran fraude que intentó perpetuar el régimen de terror, pero salimos todos a las calles a protestar porque nos habían robado las elecciones.

Salimos a la calle juntos los de centroizquierda y centroderecha, pues hay que recordar que en esas elecciones íbamos de aliados la DC-PNR, con Alejandro Maldonado como presidencialiable y Roberto Carpio Nicolle como vicepresidencialiable. Estábamos aliados para poner fin al régimen de las dictaduras militares.

Íbamos protestando contra el fraude juntos, demócratas cristianos con Vinicio Cerezo, socialdemócratas con Mario Solórzano y nosotros de centroderecha con Alejandro Maldonado. Y no éramos solo los políticos, era la ciudadanía; había mucha, mucha gente en la calle.

Hubo una represión violenta. Notamos primero que había infiltrados entre los manifestantes, gente del Gobierno, que parecía más de la Policía Judicial, que iba de civil.

El Gobierno quería romper la manifestación y evitar que llegáramos al Parque Central. Lo que más recuerdo fue la bomba

de gas lacrimógeno que me estalló en los pies en la 6 avenida y 10 calle, por la Plaza Vivar. Con una bomba lacrimógena no se puede respirar, arden los ojos. Los compañeros me recogieron y me llevaron al hotel Ritz Continental y me metieron la cabeza y medio cuerpo en la piscina que había en el primer nivel, para diluir los efectos de los lacrimógenos.

Hay que recordar que era marzo 1982, durante el Gobierno de Lucas. Una vez me recuperé, subimos al quinto nivel y fue terrible lo que vimos. Lo que me ocurrió no era nada en comparación con la violenta represión que siguió. Desde arriba pudimos observar cómo seguía la manifestación, que incluía a muchos ciudadanos y movimientos sociales. Vimos que había elementos infiltrados, policías judiciales de entonces, que empezaron a dispararle a los manifestantes. Yo vi por lo menos a un asesinado en la esquina de 7 avenida y 10 calle. Vi a otras personas heridas de bala. Confirmábamos una vez más los niveles de barbarie y desfachatez de la dictadura de Lucas. Una vez más, el oprobio del pasado nos perseguía como amenaza, como lo está haciendo nuevamente ahora en Guatemala.

Ya llevábamos cuatro años de Lucas y sabíamos a qué nos enfrentábamos. Pero ahí es cuando uno se envalentona y dice: “Bueno, aquí tenemos que dar todo”. Los líderes de las manifestaciones sacaron el pecho. Vinicio Cerezo, Alejandro Maldonado Aguirre, Leonel Sisniega Otero, Alfonso Cabrera, Catalina Soberanis, Ricardo Gómez, Alfonso Alonso Barillas, Mario Solórzano. No nos amilanamos.

El único que debió haber salido a manifestar y protestar pero no lo hizo fue Álvaro Arzú, quien había ganado la alcaldía capitalina. Él tenía una alianza con Lucas García, del cual había sido funcionario como director del Inguat y su familia política García-Granados era muy cercana al dictador. Se reivindicó con su decisión de no aceptar la alcaldía por nombramiento cuando se la ofreció Ríos Montt. Había ganado limpiamente la alcaldía con la alianza DC-PNR y no iba a aceptarla de manos de un golpista.

Días después vino el golpe de Estado contra Lucas García por parte de los militares jóvenes, encabezados por mi compañero

de clase y amigo Rodolfo Muñoz Piloña, que pusieron al frente a Ríos Montt con el compromiso de convocar a una Asamblea Nacional Constituyente. Más tarde Ríos Montt también quiso perpetuarse en el poder con un régimen mesiánico. Se cometieron muchos desmanes y masacres y la ejecución de presos, a pesar de la solicitud de clemencia del Papa Juan Pablo II con ocasión de su visita, determinó su caída.

Siempre creí y trabajé por defender una democracia liberal, porque todas estas atrocidades del sistema, de los regímenes militares, solo le daban municiones a la izquierda para crecer políticamente. Con cada asesinato, matanza, tierra arrasada, secuestro, la izquierda radical tenía más argumentos para justificar su avance.

Como ahora: la extrema derecha, el sistema, está cometiendo la misma estrategia equivocada de intentar cooptar todo y radicalizar todo. Mientras más se polarice el país entre extrema izquierda y extrema derecha, cuando la pita se rompa por lo más delgado, aquí vamos a perder todos. ¿Y luego quién va a ganar? La izquierda radical. Y la derecha no va a tener boca con qué hablar. Lo hemos visto en todas partes. Los ejemplos más reciente son los de Perú y Bolivia, éste el país más parecido a Guatemala. Y también en Chile, Ecuador o Argentina.

La democracia es el mejor antídoto contra la izquierda extrema y contra la derecha extrema.